

acudir al auxilio de los centralistas amenazados: esta operacion se llevó á cabo, pero sin éxito; porque habiendo comenzado á pasar el rio dicha brigada, se vió acometida por los Guias de PRIM y una compañía de cazadores de Sória, los cuales, cargando sobre aquellas fuerzas, las cortaron, obligando al grueso de las mismas á repasar el rio, mientras una parte de ellas lograba introducirse en San Andrés.

Despues de esta escaramuza, en la que PRIM demostró su acostumbrado arrojo, acudiendo á los puntos de mayor peligro hasta conseguir la retirada de los contrarios, se ocupó durante los dias 20 y 21 en reforzar la línea, y al amanecer del 22 rompió el fuego contra San Andrés. Si vigoroso fué el ataque, no lo fué menos la defensa: los centralistas peleaban como leones, disputando el terreno palmo á palmo y batiéndose durante muchas horas en medio de un nutrido fuego á quema ropa, sin que les arredrasen las repetidas cargas á la bayoneta; pero peleaban contra fuerzas disciplinadas y dirigidas por un jefe acostumbrado á vencer siempre, y desalojados de sus primeras posiciones, viéronse al fin reducidos á un estrecho círculo que abandonaron por último, dejando en poder del vencedor unos 200⁰ prisioneros. Hubo que lamentar en aquella terrible refriega muchas víctimas, contándose entre los muertos el coronel D. Juan Sisacle, uno de los ayudantes más queridos de PRIM, y entre los heridos de gravedad los comandantes Milans del Bosch y D. Esteban Galofre.

Durante el ataque á San Andrés, el general Araoz mandó dirigir los fuegos de los fuertes contra Barcelona, cuyos defensores se hallaban reducidos á sus propias fuerzas, y casi incomunicados con el exterior por una rigurosa línea de bloqueo.

Con la pérdida de San Andrés comenzó á cundir el descontento entre las fuerzas acaudilladas por Améttler, de quien se separaron algunos jefes, llevándose consigo las tropas que mandaban. Martell con 800 hombres se dirigió al Campo de Tarragona, proponiéndose extender la insurreccion por aquella provincia: Riera con 600 intentó inútilmente romper la línea de bloqueo para introducirse en Barcelona, en la misma noche del 22; pero fué rechazado y puesto en dispersion, de tal manera, que habiendo ordenado PRIM una batida en la madrugada del 23, le hizo más de 200 prisioneros: el mismo Riera con varios oficiales y alguna fuerza, que se dirigieron á Sabadell, cayeron todos en poder de las tropas, que entraron con PRIM en dicha villa el 24, siendo aquel jefe conducido prisionero á la Ciudadela de Barcelona.

Estas acciones le valieron á PRIM el empleo de mariscal de campo, en recom-

pensa de unas victorias alcanzadas con fuerzas muy inferiores á las que acaudillaban sus contrarios, y cuya importancia consideró el Gobierno tan grande, que entusiasmado el general Serrano, ministro de la Guerra, envió á PRIM el nombramiento acompañado de su propia faja y de una carta laudatoria.

Mal empezaba la campaña para los centralistas. Aparte de las derrotas mencionadas, tenían que lamentar la que sufrió hácia la parte de Martorell una columna mandada por el secretario de la Junta Sr. Montaña, quien quedó prisionero despues de dispersada su gente. Por otro lado, Reus era sometida á la obediencia del Gobierno por el Comandante general de la provincia de Tarragona; y en cuanto al brigadier Ametller, tuvo por conveniente retirarse con sus mermadas fuerzas hácia Mataró, donde no quiso permanecer, por más que se lo rogaron los centralistas de aquella ciudad, y continuó su marcha en direccion á Gerona.

III.

No desalentaron á los centralistas de Barcelona los primeros reveses que sufrió en el terreno de la fuerza la causa que defendian: mayores golpes eran necesarios para que desistiesen de una empresa, en la que creían ver cifrado el porvenir de las instituciones liberales, por cuyo planteamiento se habia vertido tanta sangre desde los primeros años del siglo. Barcelona quedaba sola, entregada á sus propias fuerzas, pudiendo ser combatida por un ejército numeroso, y bajo la amenaza de los fuertes de la Ciudadela y Monjuich, capaces de convertirla en un monton de ruinas; pero, no obstante, los que en ella tremolaban el estandarte de la libertad se hallaban más que nunca decididos á sostenerlo con heróica fortaleza. Para combatir el desaliento que pudiera cundir entre algunos, la Junta Suprema dictó varias providencias á fin de socorrer á los hijos y á las esposas de los nacionales ó individuos de cuerpos francos que habian caido prisioneros, y decretando que serían indemnizados todos los perjuicios sufridos ó que en adelante sufrieran los defensores de la causa centralista: procuró asimismo que no faltase el sustento necesario á los ancianos y achacosos que carecian de él por la falta de trabajo, haciendo repartir diariamente una sopa y cierta cantidad de pan á los pobres de cada barrio.

Un rasgo nobilísimo debe citarse entre los acuerdos tomados en aquellos dias por

la Junta. Habiendo sabido que el general Araoz trataba de embarcar los heridos del Ejército para enviarlos á Tarragona y Valencia, á fin de que pudieran ser curados en aquellos puntos, envió la Junta un oficio al Capitan general, ofreciendo sus hospitales y auxilios curativos, para que no peligrase la vida de aquellos heridos en la travesía por mar, dándole la seguridad de que serian tratados con el mayor esmero, y de que concluida su curacion, podrian volver á sus filas. Araoz no creyó necesario aceptar la generosa oferta de la Junta; pero correspondió á ella contestando que, si por causa del bloqueo, carecian los de la ciudad de algunas de las cosas precisas, permitiria gustoso la entrada, siempre que se le pasase nota.

Honran sobremanera á las autoridades superiores de ambos partidos estas nobles disposiciones, que desgraciadamente no tuvieron ulteriores consecuencias; porque Araoz fué reemplazado en el mando el 25 de Setiembre por el teniente general don Laureano Sanz, á causa, segun se dijo, de no prestarse aquel á seguir las instrucciones del Gobierno, que le prevenia tratase con todo rigor á los pronunciados.

Conociendo PRIM entre tanto la necesidad de no dormirse sobre sus laureles, habia marchado en seguimiento de Ametller; y en la mañana del 26 se presentó á las puertas de Mataró, rompiendo inmediatamente el fuego con las compañías de tiradores y cazadores de la brigada de vanguardia, que habiéndose adelantado hácia la poblacion, fueron recibidos con un nutrido tiroteo desde las aspilleras abiertas en muchas casas. La ciudad estaba defendida por tres batallones de Milicia nacional y alguna fuerza del Ejército y de carabineros, que se apoyaban en importantes obras de fortificacion. Obstinada y sangrienta fué la jornada de Mataró: á la energía del ataque, opusieron los centralistas briosa resistencia; mas no por esto pudieron sostenerse mucho tiempo en su primera línea de defensa, que hubieron de abandonar, replegándose al interior, y haciéndose fuertes en las casas y al abrigo de algunas barricadas.

Avanzaron las tropas con el refuerzo de la segunda brigada de la division, que no habia llegado hasta aquel momento, y enardecida entónces la lucha, tomó un carácter formidable: rompióse el fuego de artillería contra una enorme barricada, que obstruia el paso á la entrada de la poblacion, y que, á pesar de la heroica resistencia de sus defensores, fué asaltada en breve tiempo. Replegándose los centralistas, se hicieron fuertes en la Rambla y en un convento, donde durante muchas horas arrostraron impávidos el fuego de fusilería y de metralla; pero tomado aquel por

asalto, se refugiaron en otro convento, donde al cabo se vieron obligados á rendirse á discrecion. Amargos recuerdos conserva Mataró de aquel triste dia, en que muchos de sus hijos cayeron víctimas del plomo fratricida. Tambien las tropas sufrieron considerables pérdidas: las calles y casas que hubieron de ser tomadas á viva fuerza quedaron sembradas de cadáveres. Aunque doloroso, por ser alcanzado contra hermanos, el triunfo de PRIM fué completo; pues se hizo dueño de la ciudad, cayendo en su poder quinientos veinte y cinco prisioneros, entre ellos el Gobernador y presidente de la Junta, D. Ramon Herbella. Por esta victoria fué agraciado PRIM con la gran cruz de S. Fernando.

Asegurada la tranquilidad en Mataró, envió PRIM algunas tropas á someter el castillo de Hostalrich, que continuaba pronunciado: con las restantes marchó á Gerona, donde se hallaba Ametller con fuerzas muy superiores en número á las suyas, y el 29 de Setiembre comenzó á establecer el bloquéo y sitio de aquella plaza, que se prolongó durante cuarenta dias.

Entre tanto, la lucha en Barcelona tomaba proporciones gigantescas. Al correr la noticia de la rendicion de Mataró, en la mañana del 27, apoderóse el pánico de algunos, como el gobernador de Atarazanas, Torres y Riera, y el secretario particular de la Junta Suprema, Sr. Nogués, que desaparecieron aquel dia, abandonando sus puestos. Convocó la Junta inmediatamente á todos los jefes y oficiales que mandaban las fuerzas de la plaza, y reunidos en el salon de San Jorge el 28 al medio dia, les arengó el Sr. Degollada, manifestándoles que la Junta estaba resuelta á morir sepultada entre las ruinas de Barcelona, antes que ceder de su empeño; y habiéndoles preguntado si podia contar con ellos, todos contestaron á una voz: *¡Si, hasta la muerte!* Desenvainando entonces la espada el vice-presidente D. José Maria Bosch y Patzi, dijo con voz enérgica estas ó semejantes palabras:—“¡Bien por los bravos, en cuyas venas arde la libre sangre catalana! Compañeros, todo el que se sienta con valor para dar su vida por la libertad de la patria, cruce su espada con la mia, y juremos aquí todos luchar hasta vencer ó morir por la santa causa que defendemos.” El salon de San Jorge presentó en aquellos momentos un espectáculo sublime. Poseidos de patriótico entusiasmo, todos los circunstantes cruzaron sus espadas con la de Bosch, y juraron solemnemente sobre los desnudos aceros defender hasta la muerte la causa centralista. La sesion terminó declarando traidores á la patria á los prófugos Torres y Riera y Nogués; y para solemnizar aquel acto y reanimar el espíritu público, durante aquella tarde y noche recorrieron las calles y

las murallas de la ciudad varias bandas militares tocando himnos patrióticos, seguidas de un inmenso gentío, que vitoreaba sin cesar á la libertad y á la Junta, no sin asombro de los sitiadores, que á la luz de las antorchas veían pasar aquella muchedumbre entusiasmada, cuando creían sumidos en el mayor desaliento á los defensores de la capital, con la pérdida de Mataró.

Sabiendo la Junta que el general Sanz se disponía para atacar á la plaza con todo rigor, contestó á sus intimaciones declarando milicianos nacionales á todos los solteros y viudos sin hijos residentes en Barcelona, de 17 á 40 años de edad; concedió indulto á los penados por delitos leves, formando con ellos una compañía que tituló de Salvaguardias, y pidió á la Junta de armamento y defensa 13 fusiles con sus correspondientes fornituras, para que sus propios individuos pudiesen acudir donde fuese necesario en los momentos de peligro. La Junta de armamento, al enviar los fusiles, contestó á la Suprema con estas palabras: "La actitud belicosa de V. E. para confundirse entre los valientes en las horas del combate y del peligro, corriendo á las barricadas, es la mayor garantía al triunfo de la santa causa de la libertad, y con este paso acaba V. E. de inspirar toda confianza á sus subordinados, convirtiéndose en corporacion héroes: con tal resolución, el triunfo es de los libres, y la inmortal Barcelona no sucumbirá sino bajo el poder de las ruinas y del incendio, si los enemigos osaran atacar y penetrar en nuestras trincheras, despues de haber disputado valerosamente el terreno palmo á palmo en medio de las llamas.,

Se acercaba el momento en que Barcelona iba á sufrir las fatales consecuencias de pasados extravíos, y en que los centralistas debían dar al mundo pruebas inequívocas de su valor y heroísmo. Al amanecer el día primero de Octubre, las baterías de Monjuich, Ciudadela, Fuerte-Pío y el de D. Carlos, rompieron un vivo fuego contra Atarazanas, los baluartes del Mediodía, de San Pedro y de San Antonio, y demás puntos fortificados por los centralistas, que á su vez contestaron con un horroroso fuego de cañon. Todo aquel día y los dos siguientes continuó jugando la artillería sin más interrupcion que durante las horas de la noche, cayendo sobre los fuertes y sobre muchos puntos del interior de la ciudad una lluvia de proyectiles sólidos y huecos, y causando los estragos consiguientes en los edificios, aparte de las muchas desgracias personales.

En medio de la agitacion de aquellos tres días, mostrábanse los centralistas animados del más vivo entusiasmo, desafiando, lejos de temer, las iras de sus contra-

rios. Los que no estaban en los fuertes y baterías arrostrando impávidos la muerte, recorrian las calles á bandadas, cantando alegres canciones populares, alusivas á las circunstancias, é improvisadas en aquellos momentos, ¹ ó se complacian en recoger las balas rasas y los cascos de granada como trofeos de gloria.

La Junta dirigió á los barceloneses una alocucion en que les decia: “ Los enemigos de la libertad, los factores del despotismo han ostentado hoy un lujo bárbaro con sus fuertes de Monjuich y la Ciudadela, haciendo sin ninguna provocacion más de *mil disparos* de balas rasas, bombas y granadas. Han creido ¡miserables! que por este medio infame iban á introducir el desaliento en vuestras filas, y habíamos de plegar la santa bandera que tenemos enarbolada; pero se equivocan torpemente si tal piensan, porque barrios enteros se han presentado á sus respectivos alcaldes pidiendo armas para hacer frente al enemigo comun, sin contar los muchos ciudadanos que las han reclamado diariamente á esta Junta, no pudiendo reprimir su indignacion. Van muy errados si creen que los bravos que habitan en este recinto no sabrán morir con impavidez; y es inútil que se ponga á prueba vuestro ardimiento cada vez más firme, cada vez más grande, cada vez más patriótico y entu-

¹ He aquí una muestra de las varias canciones, nada literarias, pero sí muy expresivas, que se hicieron más populares. El estribillo de una de ellas decia:

Ay! ay! catalans,
que bombas venen:
Ay! ay! catalans,
que bombas van.

El de otra:

Ay! ay! chim, chim,
Madús á la paella:
Ay! ay! chim, chim,
Viva la Junta, viva la Junta;
Ay! ay! chim, chim,
Viva la Junta y mori en PRIM.

La cancion que gozó de más popularidad fué una de la *paella* (sarten) ó del *chirivit*, que insertó en sus columnas un periódico titulado *El Centralista*, del cual solo se publicaron algunos números, y que empezaba así:

Ay! ay! ay! chirivit!
Madús á la paella!
Ay! ay! ay! chirivit!
En PRIM será freigit.
Cristina, PRIM, Narvaez
y tots los moderats
dintre de la paella
los freigirem plegats.
Ay! ay! ay! etc.

siasta. — Esta Junta se complace, y se da el parabien al mismo tiempo, de que no sean vanas promesas los solemnes juramentos que habeis hecho sobre vuestros aceros de sacrificaros en las aras de la patria, antes que sucumbir á los tiranos.... »

Los concejales que habian permanecido en sus puestos durante aquellas terribles circunstancias, dirigieron con fecha del 4 al Capitan general una enérgica protesta, de la cual extractamos los siguientes párrafos :

“ Barcelona, esta magnífica ciudad que los nacionales admiran y los extranjeros codician, ha visto por segunda vez estallar en su seno.... los proyectiles que vomitan las máquinas destructoras, á cuyo manejo no se decidieron enemigos extraños de nuestro suelo en época no muy lejana. — ¿ Cual es Excmo. Señor el fin plausible que ha podido presidir á la devastadora y cruel medida de reducir á escombros una ciudad importante? A la verdad, no lo concebimos; porque si á tan extremos medios se ha lanzado V. E. para reducirla á la obediencia del Gobierno de Madrid, no es posible que á una persona del talento de V. E. no se le hubiese ocurrido, que el bombardeo de 1842 fué el que minó por su base al Gobierno de Espartero.... Convienne que sepa V. E. que, si salpicada de escombros presenta Barcelona, en la parte material, un espectáculo triste y desolador, ofrece en la moral un cuadro bien diferente. La desesperacion y la sed de venganza se ven pintadas en los rostros de estos belicosos moradores. Cada proyectil que cae sobre nuestros hogares engendra nuevos soldados en su recinto...; y la continuacion de este mismo bombardeo electriza y dá nuevos brios á los que empuñan las armas; obliga á los apáticos é indiferentes á tomarlas, y convierte insensiblemente en amigos de la situacion á los que en su principio le eran tal vez contrarios....

“La noble investidura de representantes de este gran pueblo nos autoriza para decir á V. E., con la franqueza de hombres que nada les arredra ante el cumplimiento de sus deberes, que V. E., decretando este terrible bombardeo, cuyos extrages son ya mayores que los que ocasionó el de 1842, sin hacer una intimacion, sin enviar un recado de urbanidad siquiera, ni á las autoridades, ni á los representantes de las naciones extranjeras, ha violado V. E. el derecho de gentes; ha pasado V. E. por encima de todas las leyes divinas y humanas; ha roto V. E. las consideraciones á que obligan la humanidad y otros sagrados vínculos sociales; ha dado V. E. sensiblemente un paso, despues de mil pruebas de valor y heroismo que forman elogio de V. E., que la Historia calificará indudablemente con los feos dictados de bárbaro y cobarde. — ¿Qué significa, sino barbaridad y cobardía, el hos-

tilizar desde un punto que no puede ser ofendido, á una poblacion entera; derribar los edificios del ausente, y amigo tal vez de la causa que V. E. mismo defiende; atropellar sin distincion al caduco anciano, á la débil mujer, al niño inocente?... Sin ser militares, conocemos que el arte de la guerra presta medios más nobles, menos desastrosos y menos estériles para hacer valer las causas; medios, cuya práctica reclama siempre el interés mismo de la patria. — Oiga V. E. la protesta solemne que cumple á nuestro deber y á nuestro honor dirigir á V. E. en medio del horísone estruendo de los cañones y de los morteros. — Sea cual fuere el resultado de la grande cuestion que se debate, autorizados con el carácter de concejales, de representantes del pueblo barcelonés, hacemos á V. E. responsable ante el tribunal justiciero de Dios y de los hombres, de las desgracias que en todos conceptos se han causado y se causen en adelante á esta ciudad y sus moradores por los reprobados medios que V. E. ha puesto en uso en estos últimos dias. „

Poco caso hizo el general Sanz de la anterior protesta. El fuego continuó más ó menos activo durante muchos dias; y aun cuando los tiros se dirigiesen principalmente contra los fuertes centralistas, es lo cierto que las bombas y otros proyectiles caian con frecuencia hasta en el centro de la ciudad, viéndose por esta causa obligadas las juntas Suprema y de Armamento á abandonar el palacio de la Diputacion, trasladando sus sesiones á unos bajos abovedados de la calle de los Gigantes: el Ayuntamiento hubo tambien de trasladarse á la sacristia de la iglesia del Pino.

En la noche del 6 al 7 de Octubre acometieron los centralistas una empresa temeraria, que revela hasta qué punto llegaba su denuedo y el ardor bélico de que se hallaban poseidos. Concibieron el plan de tomar por asalto la Ciudadela, y con gran reserva lo pusieron en ejecucion, formando un cuerpo de ataque, compuesto de una compañía suelta de voluntarios al mando de D. Juan Muns, la de salvaguardias de la libertad y otra del pueblo de San Martin de Provencals. Dirigia estas fuerzas el vicepresidente de la Junta señor Bosch y Patzi, acompañado de otro vocal de la misma y uno de la de Armamento y defensa. Un cuerpo de reserva se formó en la plaza de Palacio, y las azoteas de las casas más inmediatas á la Ciudadela se coronaron de milicianos, permaneciendo sobre las armas las demás fuerzas que guarnecian la plaza. El plan estaba bien combinado, y habria tenido buen éxito á no impedirlo varias circunstancias que contrariaron los deseos de los centralistas: la noche era clara y serena, y esto impidió que la columna de ataque marchase á dar el proyectado asalto hasta la madrugada: cuando los expedicionarios estuvieron ya en el

foso de la Ciudadela, se apercibieron de que las escalas que llevaban eran cortas para poder trepar á la muralla. Dos horas mortales pasaron aquellos valientes haciendo tentativas en varios puntos para buscar un sitio donde la muralla tuviese menos altura, ejecutando estas operaciones con tanto sigilo y cautela, que durante aquel tiempo nada oyeron los centinelas enemigos. Rayaba el alba, cuando por fin acometieron el asalto por la medialuna de la Cordeleria, contigua á la primera poterna del fuerte; pero al coronar la muralla, vieron que se encontraban en una fortificación aislada, teniendo que bajar á un segundo foso y acometer un nuevo asalto. Para mayor desgracia, en aquellos momentos se rompió una de las escalas viniendo abajo con estrépito cuantos por ella subian: algunos imprudentes dieron el grito intempestivo de *viva la junta central!*; y puesta entonces en alarma la guarnicion de la Ciudadela, empeñóse una lucha horrible entre las tropas y los centralistas, que á pecho descubierto, y encerrados los más en la estrechura de los fosos, hacian esfuerzos inauditos para combatir contra la fusileria y la metralla; pero sacrificaban inútilmente sus vidas, y se retiraron con todo el orden posible, llevándose muchos heridos, entre ellos su jefe Bosch y Patzi, que falleció al dia siguiente.

La Junta publicó una alocucion dando cuenta á los barceloneses del malogro de aquella aventurada empresa, y diciendoles: que se ocupaba en aliviar la suerte de las familias de los desgraciados que habian sido víctimas de su ardimiento, así como en recompensar á los que más se habian distinguido por su valor extremado. “Podeis descansar tranquilos, añadía, en la seguridad de que con una corta pérdida habeis infundido el terror en nuestros enemigos, que os contemplan con admiracion, sin recobrase todavía del estupor que les ha causado vuestra bravura sin ejemplo, y los vivas que habeis dado á la Junta Central sobre los muros de la misma Ciudadela.”

Con terrible obstinacion continuó aquella lucha durante muchos dias, sin que las fuerzas sitiadoras pudiesen adelantar un paso, y sin que flaquease lo más mínimo la heroica decision de los centralistas barceloneses, que á porfia se disputaban el honor de acudir á los puestos de mayor peligro. Así sucedió en la defensa del baluarte del Mediodia que, convertido en un monton de ruinas por los cañones de Monjuich, de la Ciudadela y fuerte de D. Carlos, y cien veces cubierto de cadáveres, otras tantas vió reemplazada su guarnicion, manteniendo constantemente levantada una bandera negra y roja, como emblema de sangre y muerte. Irritado el general Sanz con la tenaz resistencia de la plaza, en el último tercio de Octubre comenzó á

hostilizarla con un rigor extraordinario. Los cañones de los fuertes dispararon el día 20 sobre la infortunada Barcelona trescientos noventa y ocho proyectiles, el 22 mil trescientos cincuenta y uno, el 23 seiscientos cuarenta y cuatro, y el día 24 dos mil ochocientos treinta. Pareció (dice un historiador imparcial de esta época) que los cañones del Gobierno provisional quisieron celebrar con esta terrible salva los días de D. Rafael Degollada, presidente de la Junta Suprema, y de D. Rafael Ferrater, de la de Armamento y defensa. Un testigo de estos funestos sucesos apuntó en los de dicho día 24 de Octubre lo siguiente: “Desde al amanecer han roto “las tropas un vivo fuego de cañon y de fusil en toda la línea. Era espantoso el “efecto de treinta y tantas piezas de artillería lanzando de continuo globos de “hierro contra la ciudad y sus baterías, sin más intermision que de doce á una, “hora que seguramente se ha destinado para que descansen los artilleros. El as- “pecto de la ciudad es lúgubre : apenas transita un alma. Ha habido varias des- “gracias en niños y mujeres : se ha pegado fuego á algunas casas, y han sido lasti- “mados muchos edificios.,”

Durante la mayor parte del día permanecieron los sitiados sin disparar un tiro, como despreciando el horroroso fuego de los fuertes enemigos ; y solo al caer de la tarde arrojaron algunos proyectiles que, cayendo sobre el vecino pueblo de Gracia, pusieron en dispersion á los emigrados de Barcelona que allí se habian refugiado. Con este motivo, el general Sanz envió inmediatamente á la ciudad una comunicacion singular, en la que decia al pueblo barcelonés, que “si en el término de media hora despues de recibido aquel escrito, no cesaba el fuego contra los pueblos indefensos de Gracia, Sans, Clot etc., se vería en la *dolorosa precision* de arrojar bombas sobre la ciudad, baterías y obras,,” como si hasta entonces no lo hubiese hecho.

Inmediatamente le contestó la Junta, como debia, en los términos más enérgicos, diciéndole entre otras cosas :

“Con impavidez y sangre fria ha visto esta Junta la ridícula amenaza que hace V. E. á éste heróico vecindario, de arrojar bombas en el centro de la poblacion, caso de que no cese el fuego de cañon dirigido desde nuestros fuertes sobre los puntos que ocupan las tropas de su mando. Como si los barceloneses se espantasen de esta medida extrema, se les pretende intimidar con ella, cuando hace dias, y hoy particularmente, han llovido bombas sobre sus derruidos edificios, bombas que han servido y sirven para enardecer los entusiastas corazones de estos libres. Caigan bombas á millares, señor D. Laureano Sanz;... perezcan si así lo quieran los absolu-

tistas que mandan fuera de muros, ancianos mujeres y niños; hundase el firmamento, y desaparezca, si es menester, la rica capital del antiguo Principado, la madre de la industria española : no por eso aflojará nuestra bravura ; no por eso se ahogará el santo grito de Junta Central que lanzan estos valientes, aun en los momentos de despedirse para siempre de su cara patria, cuando están exhalando su postrer aliento. Ejecútese pues, ó más bien, continúe ejecutándose esa atroz medida, que todos los gobiernos del mundo condenan como impolítica, y que se complace en practicar V. E.; y nosotros diremos : *Sálvase la libertad, aunque no quede uno solo para contarle....*„

Inútil era tanto heroísmo, llevado hasta la exageracion ; pues la causa de los centralistas estaba ya perdida, y así lo comprendieron á principios de Noviembre muchos de los que se hallaban en Barcelona al frente de la revolucion. Las noticias que recibian de todas partes eran para ellos desconsoladoras : la generalidad del pais, cansado de los anteriores disturbios, no habia seguido su bandera. En Almería y Granada hubo conatos de pronunciamiento, que fueron inmediatamente sofocados : Zaragoza se habia rendido á las tropas del Gobierno, mandadas por el general D. Manuel de la Concha: la columna del coronel Martell, arrojada del Campo de Tarragona y de Reus, acababa de dispersarse en el Bajo Aragon: muchas poblaciones de Cataluña se habian visto obligadas á reconocer al Gobierno; y Ametller, despues de resistir un largo sitio en Gerona, habia firmado por último en 7 de Noviembre una capitulacion con el general PRIM, cuyas condiciones fueron comunicadas á la Junta de Barcelona por medio de dos oficiales, uno de cada parte, á fin de obtener su asentimiento, mientras llegaba el plazo para la ejecucion definitiva de los pactos convenidos.

La presencia de aquellos oficiales en Barcelona fué causa de perturbacion y de agitados debates entre los individuos de la Junta y de otras corporaciones y los jefes de la guarnicion, opinando unos que era llegado el caso de transigir, y oponiéndose otros á esta resolucion ya necesaria ; pues la resistencia iba siendo imposible por la escasez de víveres y principalmente de municiones, habiendo llegado á faltar casi completamente la pólvora. Prevaleció el dictamen de los transaccionistas, y salieron dos comisionados de la ciudad para ir á tratar con el general Sanz. Suspendiéronse las hostilidades mientras se convenia en las bases de una honrosa capitulacion ; pero era tal la tenacidad de los centralistas, sobre todo en la parte del pueblo, que aquellos tratos hubieron de interrumpirse, habiéndose presentado la multitud gritando

en las calles y plazas: *¡ Nada de capitulacion! ¡ Viva la Junta Central! ¡ Mueran los pasteleros!*

En esta situacion, y rotas las negociaciones, en la mañana del 14 volvió á tomar el cañon de Monjuich y de la Ciudadela, circulando la voz de que la ciudad iba á ser bombardeada sin misericordia. Barcelona presentaba un aspecto tétrico y sombrío: los que empuñaban las armas estaban divididos, y la anarquía asomaba ya su faz horrible, habiéndose empezado á cometer algunos robos y otros desmanes. Al amanecer del 15 de Noviembre, despertaron los barceloneses sobresaltados al estruendo de la artilleria de los fuertes, creyendo que era llegado el momento del bombardeo; pero pronto se calmó su ansiedad: los fuertes hacian salva con motivo de haber declarado las Córtes á la Reina mayor de edad. Este acontecimiento fué comunicado por el general Sanz á la Junta de Barcelona en los términos siguientes:

“A la Junta, corporacion ó autoridad que mande dentro de los muros de Barcelona. — Reunidos los Cuerpos colegisladores el dia 8 del actual en el palacio de las Córtes, fué declarada S. M. la Reina Doña Isabel II mayor de edad, para tomar las riendas del gobierno de la nacion, por ciento noventa y tres votos contra diez y seis. — En consecuencia de la anterior declaracion, S. M. la Reina Doña Isabel II ha prestado el juramento ante las Córtes á las dos de la tarde del dia 10, encargándose en el acto de regir y gobernar la nacion española. — En 11 del corriente, por extraordinario, me manda manifestar á las autoridades que gobiernan en Barcelona y á todos sus habitantes, que desea su maternal corazon inaugurar los actos de su poder de una manera suave y benéfica, consolando las familias á quienes aflige la extraviada conducta de los que sostienen todavía las quiméricas ideas que proclamó la anarquía. Que haga saber el advenimiento de S. M. al trono, autorizándome en vista de tan fausto acontecimiento para llamar á la obediencia á los extraviados, haciéndoles las concesiones que confia á mi criterio, sin que por ellas se lastime el prestigio del trono, ni se resienta el decoro debido al Gobierno de S. M. — La Reina, al honrarme con esta autorizacion, me previene indique á V V. las bases del convenio que juzgue razonables para la pronta sumision de esa ciudad; y existiendo anticipadamente en poder de V V. el expresado documento, las reitero con tan lisonjero motivo, esperando solo que V V. se sirvan acusarme el recibo de este escrito, para elevarlo á conocimiento de S. M. y demás disposiciones consiguientes. — Dios guarde á V V. muchos años. Cuartel general de Gracia, 15 de Noviembre de 1843, á las nueve de la mañana. — Laureano Sanz.,”